

HOMENAJE A RAFAEL DEL AGUILA*

FERNANDO VALLESPÍN

No sé bien qué hubiera deseado Rafa que dijera de él en un acto como éste. De haberle podido preguntar estoy seguro de que no lo hubiera dado importancia y me hubiera dicho que pusiera un *power-point*, sabiendo la afición que en mis tiempos del CIS había tomado yo al instrumento ése. Lo más probable, sin embargo, es que me hubiera recomendado que fuera yo mismo, que sacara de dentro aquello que tanto personal como profesionalmente él había significado para mí. Eso es lo que voy a intentar, aunque la deuda que he contraído con él en estos dos aspectos ha sido tan grande que me temo que en estos pocos minutos sólo podré dar cuenta de la punta del iceberg. Son unos burdos brochazos que ocultan una imagen mucho más matizada y compleja.

Como estamos en un acto académico –o medio académico–, he buscado un formato vagamente sistemático. Para ello he reducido la presentación, si se me permite este término, a tres dimensiones fundamentales que llenaron mi relación con él. Rafa como compañero, Rafa como el Gran Interlocutor, con mayúsculas, y Rafa el amigo.

EL COMPAÑERO

Cuando entré en el área de Ciencia Política con D. Francisco MURILLO, hace bastante más de 30 años, Rafa ya estaba allí. Lo conocí antes de acabar la carrera en el entorno de otro discípulo de MURILLO, José Luis GARCÍA DE LA SERRANA, quien siempre tuvo una habilidad especial para captar a los alumnos que teníamos algún interés por la teoría política. Antes de conocerlo, José Luis me lo describió como alguien con una “gran cabeza”, aunque muy al principio yo sólo conseguía ver en él a un gran cuerpo, un cuerpo inmenso. Después adelgazaría espectacularmente, pero entonces, en plena estrategia para liberarse de la mili por sobrepeso, su estatura y su volumen a lo Orson WELLES impresionaban. Bastaron un par de conversaciones casi banales para que me diera cuenta de que, en efecto, su cabeza, relativamente pequeña para ese cuerpo tan grande, era especial. José Luis no se equivocaba. Era una gran cabeza y tenía ya una serie de lecturas bien digeridas que lo facultaban para llegar a conclusiones que a otros de nuestra generación nos parecían casi milagrosas. Sólo

* Palabras pronunciadas en el Acto en homenaje al Profesor Rafael del Águila, celebrado en la Facultad de Derecho de la UAM el día 20 de mayo de 2009.

él conseguía poner en apuros a José Luis en brillantez dialéctica, y era el único que no se dejaba llevar y se aferraba a sus propios argumentos y a su propio juicio.

Entonces éramos todos fieles seguidores de la Escuela de Frankfurt y asistíamos con pasión, entre preocupados y divertidos, al proceso de transición política española. Las tertulias con D. Francisco MURILLO eran el escenario en el que nosotros, los aprendices de politólogos, representábamos comentarios sobre las vicisitudes de la política española y asistíamos a magníficas lecciones por parte de nuestro común maestro sobre la historia española y sus muchas tragedias, que ahora, al fin, esperábamos ver superadas.

No recuerdo bien cómo empezamos a congeniar. Desde luego no fue al principio, aunque sí solíamos vernos por Madrid con otros como Ricardo MONTORO o Alberto OLIET, que entonces también entraron en esta Universidad bajo la protección de José Luis. Pronto, cuando Rafa se asentó en el área de Ciencia Política en Derecho desde el Departamento de Sociología en Económicas, de donde provenía, comenzamos a formar, casi sin saberlo, un tándem académico. Fue más suelto e improvisado al principio, pero devino en algo más sólido a medida que fueron pasando los años. Creo que a ello contribuyó el que nos hiciéramos amigos, así como nuestra común sintonía con ciertos temas y la especialización en teoría política. Nos dimos cuenta, además, de que las estrategias de cooperación eran más rentables a la larga que las estrategias de conflicto o competición. Pero esa percepción vino después, entonces tampoco nos importaba demasiado. Disfrutábamos juntos y nos complementábamos bien. Él siempre fue un teórico más serio y riguroso que yo, que era considerablemente más frívolo y disperso. Pero no puede decirse que eso creara una asimetría insalvable. Todo lo contrario. De haber sido demasiado parecidos no me cabe la más mínima duda de que no hubiéramos durado tanto como compañeros inseparables.

Fuimos complementarios también en nuestra misma capacidad para conectar con otros colegas de la Facultad, en quienes encontramos a un gran grupo de amigos, todos ellos ya brillantes juristas a pesar de su edad, y todavía mejores contertulios. ¿Cómo no recordar esas magníficas comidas en el restaurante *Marvi* de Alcobendas, donde arreglábamos el mundo y, sobre todo, nos partíamos de risa? Ir a la Facultad se convirtió poco a poco en un verdadero placer, en una actividad entre lúdica y creativa, que siempre me impidió percibirla como un “trabajo”. De esto último me di cuenta bastante tarde, cuando accedí al CIS, ya con 50 años. Allí fui consciente, con horror, de que estaba *trabajando* por primera vez en mi vida, de lo duros que son los lunes y de la angustia de que a uno se le acaben las vacaciones. Hasta entonces mi supuesto trabajo se confundía con la vida y resultaba que mis amigos eran también mis colegas.

Quizá por eso mismo –y esto sí que es un milagro– lejos de lo que solía ser habitual en nuestro mundo, Rafa y yo éramos inmunes a los celos y a las reticencias y desconfianzas mutuas tan propias de los universitarios. Para mí, poder disfrutar de su excelencia fue siempre un motivo de orgullo, si bien a veces me encantaba pincharle y llevarle la contraria. La exigencia de estar a su altura fue el mejor impulso que he tenido nunca para desarrollar mis

propias capacidades intelectuales. Su juicio sobre mi trabajo daba la medida de mi propia autoestima académica. Todos sabemos, además, que Rafa no era diplomático, decía lo que pensaba. De *impeccable* tenía poco, era más bien *implacable* a la hora emitir su sentencia sobre lo que leía. No siempre conseguí eludir su famosa ira, de la que hablaré después, pero en general se mostró tolerante con mi trabajo, aunque siempre me reprendía por mi manía de dejar todo para el final, de gozar tomando copas de coñac al borde del abismo.

En 1990 ambos accedimos a la cátedra, él en la UAM y yo en Málaga, aunque un par de años después volví a reintegrarme en esta universidad. Desde entonces ya formalizamos nuestra cooperación creando el Centro de Teoría Política, que atrajo en torno a sí a un buen número de compañeros y amigos y que sigue misteriosamente vivo. Aparte de los mejores teóricos políticos españoles, por nuestro seminario pasaron, sin contar con apenas fondos, personajes del fuste de Agnes HELLER, Ferenk FEHER, Tom MCCARTHY, Mark WARREN, Margaret CANOVAN, J. HABERMAS, y un largo etcétera. El CTP fue un foro de discusión difícil de encontrar en aquellos tiempos en los que predominaba el solipsismo académico, un pequeño ágora deliberativo se denominaría ahora. Teniendo en cuenta nuestra casi nula capacidad de gestión, fue un verdadero milagro, aunque seguro que a ello contribuyó la inestimable ayuda de Elena GARCÍA GUITIÁN en la organización de sus actividades. Entonces nos pareció un refugio idóneo para dar rienda suelta a nuestras inquietudes. Rafa y yo le dedicamos mucho tiempo, pero también nos proporcionó grandes satisfacciones y contribuyó a soldar bajo un laxo paraguas institucional lo que desde siempre y hasta su muerte sería una cooperación académica nunca interrumpida.

Paralelamente, al cabo de los años, tanto Rafa como yo nos fuimos ocupando también de nuestros propios intereses particulares. Yo me dispersé poco a poco en mis propios trabajos, en los medios de comunicación y en bolos académicos varios, y él se concentró –hizo bien– en crear su propia obra. Sin embargo, nunca dejamos de cooperar y nos veíamos casi a diario, ya fuera en la Facultad o en Madrid. En Rafa esa concentración se produjo, si no recuerdo mal, a raíz de una estancia anual en Florencia, de la que vino transformado, tanto física como espiritualmente. Fue como si allí se le hubiera aparecido el fantasma de Maquiavelo para reubicarlo sobre un nuevo camino, más reflexivo y ambicioso. El Rafa de bigote y perilla, chaqueta de cuero e impresionante musculatura, que sustituyó al Rafa barbado y más descuidado en su indumentaria, empezaría ahí su cabalgada por renovar la teoría política española.

EL GRAN INTERLOCUTOR

Es difícil imaginar el impacto de la comunicación cotidiana con Rafa. En eso era algo más que un compañero o amigo. Uno puede discutir sobre la política del día casi con cualquiera, o unos u otros temas teóricos con diferentes expertos o colegas. Lo que hacía especial la interlocución con Rafa era la facilidad con la que, al ir a tomar café, de vuelta

a casa en el coche, en un viaje a un congreso o en cualquier otra circunstancia, podíamos penetrar en los temas más abstrusos como si se tratara de comentarios “normales”. No hacía falta un escenario académico particular para meterse en la discusión más profunda o difícil. Lo teníamos ya tan ensayado y era algo tan habitual, que bastaba que cualquiera de los dos suscitara un tema para que una comida se convirtiera en un seminario, o una cerveza con aperitivo en una fogosa discusión filosófica. De lo más banal pasábamos a lo más hondo; de lo más denso y profundo a lo más liviano. En eso mi relación con él fue más que especial, y me gustaría pensar que ambos nos beneficiamos de ello. Creo que para los dos fue un gran proceso de aprendizaje. Sobre todo porque esta interacción era creativa, amena y muy, muy divertida. Aprender así lo vi como un lujo inmenso, algo que no está al alcance de todos, y nunca me pasó inadvertido el privilegio que supuso.

Rafa y yo fuimos una gran conversación. Una conversación sin pausa ni orden del día que se enhebraba a tantas otras presentes en el discurso de nuestras aficiones comunes. Puede que de ahí viniera nuestro común apego a los griegos y su visión de la política. Esta afición Rafa la conseguiría plasmar después en su libro *Sócrates Furioso*, seguramente el libro con el que más disfrutó en el proceso de escritura. Porque él fue siempre de talante socrático, un socrático con carácter. Compartía con el griego su función de tábano, de pinchar a los demás para obligarles a pensar y a dar de sí lo mejor que podían. Pero, hay que reconocerlo, no tenía la paciencia del viejo sabio ateniense. En muchas ocasiones, cuando la deriva de la argumentación no le gustaba, se inquietaba, fruncía el ceño, se erguía y daba rienda suelta a una cólera digna de Aquiles. Si, al modo homérico, hubiera que cantar la cólera de Rafa, deberíamos empezar por señalar la causa que la provocaba. Ésta no era otra que la estupidez. Odiaba la estupidez y la hipocresía con todas sus fuerzas. Y había algo en él que lo movía a rebelarse frente a ellas. También le incomodaban todas las estrategias por simplificar o embadurnar lo que él consideraba que era el método más adecuado para aproximarse al fenómeno de lo político. Para comprender esto último quizá merezca la pena reproducir el contenido de una conversación que tuvimos un día que atravesábamos el campus.

“¿Te has fijado, decía, que todos los que aquí trabajan e investigan aman sus diferentes objetos de estudio? Los juristas aman el derecho, los biólogos la naturaleza o la vida, los historiadores la historia, los psicólogos la mente humana y así sucesivamente. Nosotros, en cambio, los politólogos, no amamos la política. En cierto sentido nos repele, no hacemos más que ver en ella imperfecciones y defectos... y la tememos”. Le repliqué diciendo que probablemente esto sólo era así para unos cuantos politólogos, los que tratábamos de acceder a ella desde una perspectiva global y yendo a su esencia, no para quienes disfrutaban de análisis más especializados. Me dio la razón a medias y sentenció: “es que la política, cuando uno profundiza en ella, da asco, pero no podemos permitir que este asco nos impida ver su auténtico rostro”.

Pues bien, Rafa hizo de la contemplación de ese rostro el objeto de su actividad académica y casi vital. Quiso verlo sin afeites ni maquillaje alguno, tal como era. Su meta era ir a la *verita effettuale de la cosa*, como diría su amado Maquiavelo. Abordarlo de

frente, no a través de la fácil salida que ofrecían los análisis normativistas o la mayoría de los discursos de los políticos. Por mi afición por RAWLS y la teoría política normativa a menudo me acusaba con sorna de participar del funesto “álgebra moral” al que se había reducido la teoría política hoy en día. O ironizaba sobre mis coqueteos con algún que otro autor de moda. Como digo, a él le gustaba ir a la raíz de las cosas, a los clásicos, a quienes consideraba que todos debíamos estudiar y de los que siempre podríamos aprender. Nunca despreció a nadie, pero tampoco se apartó ni un ápice de lo que él consideraba que era el camino que había que seguir.

La senda del mal, su libro más completo y complejo, dio al fin la adecuada medida de su fuste teórico. Es un libro que deberá ser estudiado con calma, porque el potencial que atesora todavía ha de salir a la luz. El eje del mismo, y esto es una simplificación, es la relación entre moral y política. Pero su gran originalidad deriva de la forma en la que va desgranando e interconectando algunos de los conceptos políticos fundamentales. De aplicarle un epíteto homérico, a Rafa habría que llamarle el “señor de los conceptos”. Siempre tuvo la virtud de manejarse con ellos con una facilidad pasmosa. Los diseccionaba con la frialdad de un cirujano, y los contextualizaba y reorganizaba dentro de un orden siempre novedoso.

Una de sus obsesiones, más acentuada al final de su carrera académica, fue la relación entre el pensador y la ciudad, por decirlo en términos de Leo STRAUSS. La responsabilidad de los intelectuales y las muchas formas en las que el pensamiento impactaba sobre la vida social y política. No le dio tiempo a rematarlo, aunque seguramente lo conseguiremos rescatar para que forme parte de su legado. Su preocupación allí era doble y se concentraba en los dos extremos del espectro: por un lado, denunciar la *hybris*, la desmesura de algunas ideas o formas ideológicas, y por otro, sacar a la luz a la vez el peligro derivado de desactivar un pensamiento crítico con capacidad para salvaguardar lo que él acabaría calificando como una “política de medida”. Parte de esa preocupación la consiguió realizar en su último libro, *Crítica de las ideologías*. La tesis central del mismo era seguir la pista a la conexión existente entre ideologías y violencia política, y se concretaba en la idea de que esta última se estimula a través de una compleja red de interconexiones cuyo vértice son los discursos ideológicos. “Sólo los criminales se atreven hoy en día a hacer daño a los demás hombres sin filosofar”, nos dice citando a MUSIL. Si las ideologías tienen poder sobre nosotros es por su inmensa capacidad para ofrecernos *racionalizaciones* de nuestros actos, el único instrumento con capacidad para acallar en nosotros todo atisbo de mala conciencia. Frente a estos ideales salvíficos, Rafa, el juicioso, oponía la ya dicha política de medida, una política que se sabe sin garantías ni fundamentos y no elude las consecuencias trágicas de la acción. Y, remachaba, los principios no son menos firmes porque los sostengamos tentativamente. A la vista de nuestro largo proceso de aprendizaje como sociedades políticas, nunca podremos aunar y superar todas las escisiones. La política, esta es su máxima central, se resistirá siempre a dejarse reconciliar idealmente en el discurso.

Antes de leer los escritos de Rafa ya los había “escuchado”. Puede que de forma más desordenada, y a veces improvisada. Siempre me dio alguna pista de por dónde iba su

extraordinaria capacidad de reflexión. Lo que escribió y lo que me contaba se mezclaba en mí de las formas más diversas. Pero confieso también que me he llevado muchas sorpresas. Algunos giros de su pensamiento los guardaba para la intimidad de la escritura, como si las exigencias de esa disciplina solitaria le condujeran a poner límites a lo que podía ser comunicado oralmente, como si determinadas ideas sólo pudieran abrirse al intelecto a través de la escritura.

Rafa dejó una obra interrumpida, que hubiera sido verdaderamente excepcional de haber dispuesto de más tiempo. Pero su núcleo sí nos es conocido y quedará siempre como un estímulo para seguir pensando a partir de él. Nuestra deuda para con él a este respecto sólo podrá ser satisfecha si tenemos la capacidad de seguir dialogando con sus escritos. Yo, al menos, sé que he perdido al Gran Interlocutor, pero también que me sigue increpando y estimulando a pensar con su extraordinario legado. En ese silencioso diálogo con uno mismo que es como Platón definía al pensamiento sé que no estoy solo.

EL AMIGO

Cuando Rafa enfermó yo ya me encontraba en el CIS. Él sabía que en aquél momento yo no lo estaba pasando del todo bien y no dejaba de animarme y quedaba conmigo para ofrecerme alguna distracción y recuperar las conversaciones de los viejos tiempos. Una vez confirmada la noticia de su enfermedad, lo que más me impresionó fue cómo cuidaba que aquélla no se convirtiera en una fuente añadida a mis problemas de entonces. Procuraba darme las novedades sobre su estado de salud con cuentagotas y siempre con algún ribete en positivo. A algún amigo común le comentó incluso que estaba preocupado por lo afectado que yo estaba por todo ello. Y que me cuidaran. ¡Como si no fuera él quien necesitara de los cuidados y de nuestra compañía!

Es un gesto muy de Rafa el amigo y sirve para retratar el fondo de la gran persona que fue. Fue mejor persona que cabeza, que ya es decir. Y frente a esta dimensión, palidecen las de Rafa el compañero y Rafa el Gran Interlocutor. Con toda la importancia que tuvieran para mí y para mi propio desarrollo intelectual, quedan casi como una mera anécdota. Tenía una gran capacidad de afecto, pero era tímido a la hora de manifestarla. Como sus escritos, su afectividad había que leerla muchas veces entre líneas. Pero todos sus amigos siempre supimos que estaba ahí y que detrás de su aparente seriedad se ocultaba un corazón de oro y una inagotable fuente de comunicación personal directa y desinteresada.

Una de sus características personales más sobresalientes era su capacidad para infundir un profundo sentimiento de protección a quienes merecían su amistad. Puede que ello se debiera a su propio equilibrio interior, a su paciencia para escuchar, a sus sabios consejos, a su personalidad insobornable y de una sola pieza. Rafa siempre me dio seguridad, y contribuyó a anclarme tanto personal como intelectualmente. Conmigo tuvo una pacien-

cia infinita, y cuando lo metía en algún lío o le salpicaba alguna barrabasada mía siempre interpretaba estos actos más como parte de la inexorabilidad de mi personalidad dispersa que como producto de la mala fe. En esto cumplía con el dicho de que un amigo es alguien que lo sabe todo sobre ti y aun así te aprecia.

Rafa, hay que decirlo, tenía un excepcional sentido del humor, sabía ser enormemente divertido. Podría narrar un interminable repertorio de anécdotas en las que se mostraba su capacidad para el humor y la ironía. No en vano, además del contacto cotidiano en la Facultad, hicimos multitud de viajes juntos, más de media docena sólo al otro lado del Atlántico. Descubrir con él países extraños y observar su peculiar mezcla de seriedad y diversión ante lo extraño y novedoso siempre fue para mí un motivo de alegría. Nunca se acostumbró, sin embargo, a que la noche antes de una ponencia abandonara una cena para acabar de prepararla o la rematara en el avión en vez de hacer risas sobre cualquier otro tema. Él siempre llevaba los deberes hechos, yo los acababa improvisando.

Cuando le llegó la enfermedad dio muestras de su espectacular entereza, de un estoicismo romano adquirido seguramente a través de tanto filosofar. Esa personalidad de una sola pieza no se dejó desparramar o intimidar por ella. Supo sobrellevarla sin que le desviara ni un centímetro de su camino vital. Siguió trabajando sin inmutarse, casi con más ahínco y sin duda con mayor lucidez. Ni siquiera perdió sus rachas de humor, que derrochaba a raudales cuando esporádicamente lo traía a la Facultad después de mi reincorporación desde el CIS. Fue también un Rafa quizá más cariñoso y cercano. En ese período, que coincidió casi en su totalidad con mi estancia fuera de la UAM, fuimos quizá menos compañeros, pero mucho mejores amigos.

Reconozco que no sabría definir bien qué es la amistad. Seguramente se construye a partir de una multiplicidad de experiencias comunes que acaban soldando un vínculo de afectos. Lo que sí he llegado a comprender, por desgracia, es lo que significa perderla, la sensación de orfandad y de vacío que se abre cuando se pierde a un gran amigo del alma como Rafa. Sobra decir que, como tantos de vosotros, le echo mucho de menos, todos los días. Su falta como compañero e interlocutor, pero sobre todo como ese gran amigo que fue y que, al permanecer tan vivo en el recuerdo, siempre lo seguirá siendo.

Muchas gracias.

ELOGIO DE RAFAEL DEL ÁGUILA*

CÁNDIDO PAZ-ARES

1. El PRI y Marvi.- Pertenezco a esa generación de profesores que iniciamos nuestra carrera universitaria en esta Facultad a finales de los años setenta y que hoy, treinta años más tarde, bien entrados en la cincuentena, comenzamos a tener en la vida “sensación de descenso”. La propia muerte de Rafa no ha sido ajena a ello. Como tampoco fue ajeno su carisma al impulso que experimentamos en los primeros años. Así lo sentimos al menos aquel grupo de becarios y penenes que entonces, de vez en cuando, nos reuníamos para tomar unas copas y hablar del gobierno de la Facultad. En el transcurso de aquellas veladas llenas de confusión, no sólo provocada por el alcohol, algunos descubrimos en Rafa al hombre cabal y responsable, todo un descubrimiento debo decir, digno de ser subrayado por su rareza. Todavía hoy no me explico bien cómo en aquel mundo en ebullición o ya en eclosión pudo hacernos vibrar una virtud tan adulta y poco excitante como la sensatez, seguro que tuvo mucho que ver la forma burlona y divertida con que Rafa la practicaba.

Era aquélla una época marcada por los pedigrís ideológicos, en la que este grandullón destacaba por no aceptar consignas, nunca quiso plegarse a las verdades oficiales u oficiadas. Tal vez eso irritaba a quienes llevaban en el bolsillo el misalito de Marta HARNECKER, pero el joven Rafa, siempre imperturbable, porfiaba en el uso de la razón. Tampoco se dejaba impresionar, menos aun intimidar, por los emisarios de aquella universidad tutelada. Y así fue como, poco a poco, casi inadvertidamente, fue convirtiéndose para algunos de nosotros en el hombre de confianza al que consultábamos, en nuestro “*hermano mayor*”, como me decía Fernando VALLESPÍN uno de estos días de atrás, en un líder a su pesar, pues no tenía de verdad ninguna vocación ni afición al mando.

La Facultad de aquellos años tenía varios círculos y éstos, distintas denominaciones. “*PRI*” –el PRI– fue el sambenito que se nos colgó muy temprano, y aunque seguramente no era un apelativo del todo amable, acabamos asumiéndolo con deportividad. Nuestro objeto social no era la conspiración como malévolamente pensaban algunos, simplemente la conversación. Hoy me parece una ironía que a Rafa se le haya podido tildar alguna vez de conspirador, él siempre tan renuente a ir de hurtadillas, tan dispuesto a dar la cara y no callar, tan defensor de la participación pública para construir una pequeña polis en el claustro de la Facultad.

* Palabras pronunciadas en el Acto en homenaje al Profesor Rafael del Águila, celebrado en la Facultad de Derecho de la UAM el día 20 de mayo de 2009.

Muchos de nosotros continuamos militando en el PRI sin saber que lo hacíamos y, con el paso del tiempo, nos asociamos en el Marvi Club. Marvi era un restaurante asturiano de Alcobendas, donde nos hemos reunido, durante muchos años, prácticamente todos los días a la hora de comer. El cierre del establecimiento a mediados de los noventa por jubilación de sus dueños nos dejó a la intemperie, con una cierta sensación de orfandad, como si de repente nos hubiéramos visto en la calle privados del que había sido el lugar –o el hogar– de nuestra amistad. Fue quizá el primer aviso de cambio en nuestras vidas, la primera señal de que estábamos haciéndonos mayores. Un día al final de aquellos años gloriosos, regresando de Alcobendas a la Facultad, Rafa llamó nuestra atención sobre un gran cartel que el Ministerio de Fomento (o quizá entonces de Obras Públicas) había instalado recientemente al borde de la carretera. Y añadió con la gracia y la sorna que le distinguían: “*!Mirad, eso es en lo que nos hemos convertido ahora que ya somos catedráticos!*”. El cartel decía: “*PRI, Plan de Residuos Inertes*”.

Este es el telón de fondo de mi relación con Rafa, de la relación de ese grupo de compañeros de los que hoy me hago portavoz para recordar al que durante tantos años fue nuestro amigo y guía. Para trazar la semblanza de este Rafa que conocimos detrás de las tramoyas del PRI y en esa larga conversación que iniciamos en Marvi, comenzaré tomando a préstamo unas palabras con las que hace unos días Haro TEGLEN, que no es santo de mi devoción, retrataba a Juan MARSÉ. Porque Rafa, como el fabulador catalán, era, en efecto, “*la antítesis del fanático y del cursi*”.

2. Antifanatismo.- Buena parte de la obra de Rafa está dedicada a denunciar el peligro de los ideales y a combatir el fanatismo. No es una casualidad. Los que le conocimos sabemos que fue una necesidad, un imperativo de su personal constitución, una prolongación de su modo de ser, construido más a base de esperanzas que de ilusiones. Cuando digo que Rafa era la antítesis del fanático no me refiero sólo al fanático declarado, ése que vemos al otro lado de la pantalla de televisión entre multitudes histéricas que agitan puños o blanden banderas a favor o en contra de esto o aquello. No, me refiero al fanático silencioso, con modales civilizados e incluso con un espíritu morigerado. Está presente en nuestro entorno y tal vez dentro de nosotros mismos. ¿Acaso no conocemos a bastantes no fumadores que te quemarían vivo por encender un cigarrillo cerca de ellos? Rafa luchó contra la intransigencia abierta o encubierta, contra esos compañeros sindicalistas que le dirigían un gesto de desprecio o le ponían cara de odio cuando sugería que la Universidad es un sistema de ciencia, no un sistema de pensiones, o contra esos pacifistas deseosos de dispararle directamente a la cabeza sólo porque defendía una estrategia ligeramente diferente de la suya para estabilizar Afganistán o evitar el genocidio en los Balcanes. Su arraigada ética de la responsabilidad le había convencido de que muchas veces es preciso “*hacer la guerra para impedir la paz de los sepulcros*”, y así lo dejó escrito en su libro sobre MAQUIAVELO.

La insólita ecuanimidad de nuestro amigo era un precipitado de su antifanatismo. Hace no mucho, tras visitar una exposición sobre la guerra civil –creo recordar que era en la Biblioteca Nacional– se quejaba de que se hubiesen eliminado de la escena las quemas

de conventos y otros episodios poco edificantes de las fuerzas republicanas. Es una ironía que alguien que sufrió tan profundamente en sus carnes la opresión moral del franquismo y el nacional-catolicismo (y que la radiografió con tanta eficacia en su tesis doctoral) hiciera esta observación. Pero así era Rafa: decente, independiente, crítico, reflexivo. Y más: delicado, cuidadoso, juicioso, equitativo. Sólo había una cosa con la que no estaba dispuesto a transigir: la estupidez. Desde luego, sus hijos y toda su familia podéis estar bien orgullosos de él.

3. Elegancia republicana.- Rafa era también la antítesis de la cursilería y el engolamiento. Cuando hablo del “anticursi”, no me refiero tampoco al cursi de opereta, sino a ese otro cursi o pedante de más baja graduación que no escasea en el medio universitario. Nuestro amigo estaba en las antípodas. La sencillez era su marca más auténtica. Mi impresión es que sentía alergia, que incluso la sofisticación le producía sarpullidos. Este último fin de semana he estado muchas horas dándole vueltas a esto que ahora os estoy diciendo. Lo que más me costó fue darme cuenta de otra virtud suya, emparentada con la sencillez pero distinta o más específica. Pese a estar ahí a simple vista, nunca fui plenamente consciente de ella cuando le traté, quizá porque no sabía formularla. Hoy tampoco he encontrado la palabra justa, por lo que se me ha ocurrido inventarla llamándole “bajisonancia” o “bajilocuencia”. Porque Rafa era justamente eso, una persona nada altilocuente, un intelectual de deliberado perfil bajo, siempre quiso pasar desapercibido como tal, aunque pocas veces lo consiguió. ¿No habéis notado –pregunto sobre todo a los que le escuchasteis más a menudo– esa particular querencia suya a disimular o posponer su esencial condición de intelectual”? Hoy interpreto la guasa de que habitualmente hacia alarde en sus conversaciones como una estrategia inconsciente para quitarle importancia a lo que decía, el recurso frecuente al lenguaje de barrio, a veces también al acento de arrabal, como una treta o ardid para ocultar la brillantez de sus observaciones, sus constantes rodeos por los hechos corrientes y la imaginaria popular (lo mismo podía ser el estribillo de una canción hortera que un anuncio de televisión o un refrán castizo) como una extraña forma de vencer su timidez y evitar el embarazo, no fuera a ser que le confundieran con el intelectual estereotipado, al que tanto abominaba. De hecho, un capítulo importante de su obra inacabada estaba dedicado a denunciar la afectación y la impostura de tantos intelectuales –fuesen de los “implacables” o de los “impecables”–, tan preocupados por la foto que acaban convirtiéndose en pura pose.

Rafa era de otro mundo, estaba hecho de otra pasta. A pesar de la firmeza de su carácter o justamente por ello, tenía un extraño sentido de la discreción y la modestia, nunca interrumpía, dejaba hablar, no acaparaba, no subrayaba, no tenía ningún interés en oírse. Era un tipo suave y natural, con un sentido del humor especial, más socarrón que sarcástico, ocurrente, culto sin que se le notase. Nunca le vi hacer gala de su erudición, nunca quiso epatar. Tan amigos que somos los profesores de las citas, él las economizaba al máximo, las administraba, una cada diez horas de conversación, cuando ya resultaba inevitable.

Regresó de Florencia con un aire foucaultiano que la enfermedad habría de acentuar, pero estaba lejos del prototipo, conservó en todo momento esa elegancia interior del repu-

blicano que no tienen –o no tenemos– los radicales y los democristianos. No creo que interese mucho a nadie ni tengo tiempo para extenderme aquí sobre mi clasificación arbitraria de la humanidad en tres categorías: radicales, democristianos y republicanos. Es un mapa casero que utilizo con los amigos para ubicar a la gente que conocemos, y que nada tiene que ver con la militancia o las ideas de cada cual, sino con rasgos del carácter y la manera de seducir o simplemente de estar en el mundo. Rafa era un buen ejemplo del republicano. Ni que decir tiene que éste es el miembro de la clasificación en el que también me gustaría colocarme, aunque creo que mis genes (“aceiteiros”) me inclinan o arrastran hacia el lado democristiano.

4. El hombre enfocado.- En nuestros viajes matutinos (entonces vivíamos muy cerca de Isabel o yo, o ambos, solíamos traerlo en coche a la Facultad) hablábamos de las cosas que toca hablar a esas horas, y a veces de cine, al que éramos bastante aficionados. En una ocasión estuvimos charlando durante más de diez minutos sobre una película, pero sólo cuando doblamos la última gasolinera en el trayecto hacia la Universidad advertimos que no se trataba de la misma. Todavía ahora le estoy viendo en aquella escena partiéndose de la risa. Rafa le echó la culpa a esta arraigada y escolástica costumbre que tenemos los profesores de decir cosas sesudas para no entendernos, pero yo sé que fue un comentario piadoso para su interlocutor. Rafa era incapaz de andarse por las nubes. Siendo también benevolente conmigo mismo, atribuyo la confusión a la tensión baja, que hace penoso y retrasa mi despertar de manera inconveniente. Pero no siempre sucedía así. Otro fin de semana habíamos visto *Desmontando a Harry*. A Rafa le había fascinado aquel personaje que siempre aparece en pantalla borroso o difuminado, muchos lo recordaréis. La verdad es que fue todo un hallazgo de Woody ALLEN. A partir de ahí, Rafa elaboró sobre la figura del “desenfocado”, de la que se valió para improvisar una teoría sobre el estado de la nación y catalogar a distintas personas de nuestro gremio, a las que quería mandar al fotógrafo para que les ajustase el diafragma.

Traigo a colación esta anécdota porque me sirve de pretexto para ilustrar, con una figura tan suya, otra característica sobresaliente de Rafa. Porque Rafa era también la antítesis del desenfocado. La precisión y profundidad de su mirada eran proporcionales a su estatura física. Cualquier tema lo veía y diseccionaba con una claridad meridiana, ya fuera el problema del agua en Aragón, el velo en la escuela francesa, la democracia en la universidad, el declive de la vida civil o “descivilización” de los territorios históricos, la dinámica clientelar de la prensa nacional o la dificultad del debate sobre la energía nuclear. No os podéis imaginar bien con qué gracia trincaba el nervio de cada asunto y eliminaba la hojarasca; con qué rapidez hacía transparente la estructura de intereses y prejuicios de la discusión. El tratamiento de los profesores en Italia es de “*chiarissimo*”. *Chiarissimo professore* DEL AGUILA, clarísimo y enfocadísimo profesor, ¡qué bien le cuadraban o le cuadrarían a Rafa estos títulos! Creo que todos sus amigos siempre le hemos envidiado la pasmosa facilidad que tenía para poner en claro lo que pensaba y para hacernos ver claro a los demás –a veces con horror por nuestro lado– lo que mascullábamos. Era sagaz, sutil,

perspicaz, penetrante. Agudísimo. Su capacidad analítica nada tenía que envidiar al bisturí de mejor cirujano. Por eso era un conversador y un escritor tan atractivo. Todo un foco de luz, de ahí la lucidez de sus análisis, la brillantez de sus formulaciones.

5. El ágora de Marvi.- El ideal deliberativo y reflexivo que atraviesa su obra no es un solo un ejercicio intelectual; era también un rasgo distintivo de su *modus vivendi* y de su práctica cotidiana, fuera en clase, en el seminario, en la radio o tomando un café. Nada de dogmatismo. Nada de violencia, no alzaba la voz, sólo sus dedos pequeños, delgados y acompasados. Sus amigos le considerábamos mucho y, por eso, tenía autoridad entre nosotros. Pero él no aceptaba la autoridad que le reconocíamos, nunca se cansaba de escuchar, siempre quería aprender, siempre estaba dispuesto a modificar sus puntos de vista con alguna apreciación de los demás, siempre atento, siempre ecuánime, todo ello con un enorme sentido del humor. “*Bien –me dijo un día en que debí obstinarme con un argumento economicista–, admito que la deliberación es eso que vosotros llamáis análisis coste-beneficio, pero ya hablaremos otro día de la métrica*”. Fue una de las personas intelectualmente más astutas y divertidas que jamás me he encontrado.

Nuestros largos y distendidos almuerzos en Marvi eran un pequeño ágora en la que todos hemos ejercitado el dialogo y el debate deslumbrados por las virtudes aristotélicas del amigo desaparecido: sagacidad para la práctica, capacidad para medir las líneas curvas, buen criterio, sentido común, ojo clínico, prudencia, empatía, ponderación, responsabilidad. Destaco dos aspectos: la definitiva importancia que Rafa atribuía a las consecuencias en cualquier razonamiento, político o de otra índole, y su enorme modestia epistemológica.

“Tampoco yo hablo con la certeza de que es verdad lo que digo, sino que investigo juntamente con vosotros”.

Estas palabras de SÓCRATES encabezan otro de los libros de Rafa y ahora, a toro pasado, me valen para introducir aquellos encuentros donde hemos pasado algunas de nuestras horas más felices. Porque los encuentros de Marvi eran justamente eso, una investigación conjunta sobre lo divino y lo humano, sobre las cosas más disparatadas que nos pasaban, que nos ocupaban o preocupaban, que nos cabreaban, que se nos antojaban o que nos divertían. Estoy seguro de que todos los que tuvisteis la oportunidad de participar en aquellos ágapes maravillosos convendréis conmigo en que nada hubiera sido igual sin Rafa, como ya nada lo será a partir de ahora. Rafa era el alma de aquel continuo festín. Estoy seguro también de que a él no le hubiera agradado oír esto, porque –repito– no tenía ninguna vocación de liderazgo ni de protagonismo, menos aún de manipulación, todo lo contrario, sólo buscaba el esclarecimiento y la risa. Una de las cosas que más detestaba era a los manipuladores, a los que toman a los demás como instrumentos suyos, de sus ideas o de sus intereses. Los llamaba “*ingenieros de almas*”.

Las ganas de hablar y de escuchar –las ganas de deliberar– no las perdió Rafa en ningún momento. Incluso en los últimos encuentros que hemos tenido alrededor de una mesa, cuando la enfermedad ya había hecho mella en él y la voz le temblaba, daba gusto comprobar su voluntad de proseguir la conversación. Nunca se cansó de conversar y de reír. Abierto, irónico, autocrítico, recuerdo ahora una disputa surrealista sobre el rango del trabajo que hacemos los profesores de disciplinas positivas, como el mercantil o el penal, que alguno de nuestros amigos más “científicos” o “filosóficos” no se cansaban nunca de rebajar, seguramente con razón. *“Si ya lo dijo Von Kirchman, vuestra ciencia es efímera, tres palabras del legislador y bibliotecas enteras convertidas en basura”*. *“¡Anda que la nuestra cómo es! –repuso ese Rafa guasón que ahora quiero evocar–; ni siquiera nos hace falta un legislador; basta con que se derrumbe un simple muro para que las bibliotecas del 90% de los intelectuales europeos, incluida la mía propia, queden reducidas a polvo”*. Aludía Rafa a la ingente literatura marxista que él mismo había procesado con tanta fruición en su más tierna juventud, toda ella en buena medida ilegible desde la caída del muro de Berlín.

Esta observación (entre bromas y veras, como tantas de las suyas) revela bien la ironía que practicaba consigo mismo y, al propio tiempo, su actitud modesta, nunca tajante –*“para ser hombre hay que negarse a ser dios”*, escribió una vez un poco lapidariamente–, su sentido nada dominical de la verdad, el modo siempre tentativo con que se aproximaba a cualquier cosa, la constancia en el esfuerzo reflexivo y cívico, su permanente disposición y exposición al cambio y, en definitiva, *“la política de medida”* que defendió, aquí y allá, sin desmayo. La cual –como escribiría más tarde–

“no es en absoluto un programa ‘débil’. Por el contrario sólo se desarrolla en sociedades e individuos fuertes. Enfrentar la realidad con esperanza y sin ilusiones, ser veraz con uno mismo, no engañarse con cuentos balsámicos, estar dispuesto a evolucionar hacia otras posiciones, no es algo que sea típico de sociedades o individuos débiles. Más bien son las muletas metafísicas, los grandes ideales que ofrecen seguridad, garantía y certezas, los que denotan a la postre debilidad. Y esto lesiona la capacidad y el coraje necesarios para enfrentarse al mundo, aprender y evolucionar [...] El núcleo de las políticas de medida es la voluntad de escucha, no el asentimiento. Lo que se exige es reflexividad, no aprobación”.

6. Chiarissimo professore. – Otra de las cosas que más me admiraban de Rafa era su extraordinaria capacidad para transformar la dificultad en facilidad, la complejidad en simplicidad. De esa formidable potencia de transformación –era sorprendente su capacidad de procesar datos, fuentes, obras, acontecimientos, pensamientos, sentimientos, etc. y convertirlos rápidamente en conocimiento claro, fácil y sencillo– se han beneficiado también muchas generaciones de estudiantes, a los que no les resultó difícil reconocer en él al “clarísimo profesor” y, en última instancia, al sabio. Precisamente esto es lo que nos

recordaba una alumna suya en el email que le envió a Fernando cuando tuvo noticia del fallecimiento de Rafa y que Fernando circuló entre sus amigos. Extraigo estas palabras de su emotivo testimonio:

“Me ha dolido en el alma está pérdida porque tal y como Ud. escribió en El País –se refería María José a la necrológica de Rafa que Fernando había publicado el día anterior (“Ha muerto el mejor teórico político español”)–, su carisma le hacía brillar siempre por encima de los demás... y eso era cierto. Era inevitable escucharle hablar y volver a verlo sin luz, como un sabio, siempre le consideré así. Sus clases eran puro silencio, sólo se le escuchaba a él, pero es que no se podía escuchar nada mejor, si algo recordaré siempre de él será su voz y sus palabras”.

Tal vez María José suspendiera la asignatura para volver a estar otro año con Rafa. Ella sabía que una lección de Rafa era siempre una lección sobre la lección. No me hace falta haber estado en el aula para tener la certeza de que el clarísimo y *carísimo* profesor suscitaba entre los jóvenes que tuvieron la fortuna de escucharle, como la suscitó entre sus amigos menos jóvenes, la admiración moral, esa emoción tan gratificante que nace del deseo de emular la excelencia ajena. Me decían uno de estos días pasados que todas las promociones de ciencias políticas de nuestra Facultad le eligieron a él para oficiar la representación del profesorado en la celebración de la licenciatura. Para mí no es ninguna sorpresa.

7. Voluntad de ser feliz.- Esa portentosa capacidad de transformar lo difícil en fácil también se extendía a su experiencia personal, a los materiales de que estaba hecha su vida más íntima. Los que le tratamos más de cerca sabemos que, más allá de la extraordinaria austeridad con que tuvo que vivir durante largos años, su vida estuvo erizada de dificultades, que hubo de cruzar tempestades que a cualquiera de nosotros le hubiera conducido al naufragio. Rafa se acercó a sus últimos días desgarrado, con heridas profundas. *“Llegó con tres heridas”*, como en el poema de Miguel Hernández, que es inútil describir aquí. Pues bien, también estas dificultades –y todo el caudal de aflicción y dolor que trajeron consigo– supo transformarlas en entereza, tranquilidad, serenidad, mesura, lucidez, respiro para continuar, sólo una rara fuerza interior hacia posible este prodigio o milagro. Poco sabemos de la maquinaria escondida detrás de su envergadura generosa que era capaz de abastecerlo de tal dominio sobre sí mismo, muchas veces nos parecía sobrehumano, desde luego nos lo pareció aquel día o aquella noche que refiero a continuación.

Rafa era reservado, pudoroso, de emociones contenidas, anglosajón hasta la médula, pero tras más de treinta años con él no todo nos resultaba opaco. El silencio de las últimas semanas no presagiaba nada bueno. Teníamos que vernos. Marta y Pedro organizaron una cena en su casa a la que Rafa llegó con algún retraso. Le esperábamos con cierta inquietud. *“¿Cómo andas, qué tal te van las cosas?”* fue nuestra primera pregunta cuando al fin le vimos entrar. *“Sentaros y en cinco minutos os cuento”*. Creo que le bastaron dos, y ciertamente

las cosas no le iban muy bien. Le iban rematadamente mal. Quedamos boquiabiertos, demudados, no sabíamos qué decir. Imaginando los pronósticos o conjeturas que todos debíamos estar haciéndonos, tomó una bocanada de aire y bromeó para quitarle hierro al momento. No sé exactamente lo que dijo, sólo recuerdo que hizo una observación algo enigmática, quizá dijera que “*entre todas las formas de error, la profecía es la más gratuita*”, al fin y al cabo la frase está escrita en uno de sus libros, o algo muy parecido. Sabía que nos había impresionado, que nos había contagiado parte de su dolor y, desde aquel instante, se dedicó toda la noche a aliviarnos, a hacernos fácil la vida de nuevo. Fue una velada inolvidable. Acabamos más allá de las tres de la mañana riéndonos con sus ocurrencias, cómplices de sus ironías, rememorando el paso por la Ribeira Sacra en nuestro último viaje, disfrutando de sus análisis sutiles y certeros de la actualidad, seducidos una vez más –desgraciadamente ya no quedarían muchas más– por el pragmatismo, el realismo, el pluralismo, el relativismo y no sé cuántos ismos más de que hizo gala hasta el último día. Todo un derroche de buen humor, de inteligencia en definitiva. “*La inteligencia –cuánta razón llevaba el poeta Gabriel Ferraté– se demuestra en la habilidad para ser feliz*”.

Rafa era, de verdad, un hombre feliz incluso en la peor adversidad, un hombre suave, el amigo suave con quien todo era fácil, hablar por las mañanas cuando llevábamos a nuestros hijos a la guardería o simplemente no hablar, porque madrugar era ya bastante castigo. Acogedora, no invasora, ése podría ser el lema de su amistad. Quizá tuviera algunos ataques de ira, el mismo confesaba que ésta era una de sus debilidades, le sacaba de quicio la estupidéz. Yo nunca llegué a sufrirlos, pero sé que ocasionalmente no podía evitarlos. Alguna válvula de escape o descompresión había de tener aquella fabulosa fábrica de facilidad, serenidad y buen juicio.

8. Vallespín, Lelio y Escipión.– Ya termino, e inevitablemente, Fernando, tengo que referirme a ti. Muchos recordaréis a Fernando Vallespín vestido de patricio romano entre las columnas del Prado en aquella contraportada de *El País* con que nos desayunamos hace unos años. Evoco esta estampa que tanto había hecho sonreír a Rafa porque hoy veo en ese Fernando con túnica y laureles a Laelius, a Lelio, seguramente la más perdurable representación o encarnación de la amistad.

“Desde que el mundo es mundo apenas se recuerdan tres o cuatro parejas de amigos, entre los cuales creo poder esperar –escribía Cicerón en De Amicitia– que la amistad de Escipión y Lelio será conocida para la posteridad”.

Eso pienso yo también de la amistad de Rafa y Fernando –la amistad de los “huerfanitos”–, que muchos de nosotros tenemos igualmente por arquetipo o paradigma de la amistad. Sobre mi amistad con Rafa –sobre la amistad de todos aquellos de nosotros que tuvimos la fortuna de ser sus amigos– me gustaría decir lo mismo que Fernando Lelio respondía a Escévola a propósito de su amistad con Rafa Escipión en el diálogo recreado o imaginado por Cicerón:

“Con todo, el recuerdo de nuestra amistad me procura tanto gozo que creo haber sido dichoso por haber vivido con Escipión, con el cual compartí los cuidados públicos y privados, la vida en Roma y las fatigas militares”.

Con Rafa compartí algunos cuidados públicos y también algunos cuidados privados, pero Fernando compartió todo eso y mucho más, la vida en Roma (la pasión y la decepción con la república, con la política) y las fatigas militares. Rafa tuvo muchas fatigas militares, la última de las cuales fue su ejemplar batalla contra el cáncer, el derrumbamiento o desmoronamiento interior y la muerte, en la que en todo momento estuvo acompañado por Fernando. ¡Con qué indescriptible solicitud le brindó su ayuda y su compañía en los momentos terminales! Cuando Rafa estaba ya postrado, sedado y apenas consciente, era verdaderamente conmovedor ver a Fernando cogerle la mano o acariciarle el rostro y hablarle durante horas en espera de alguna mueca, de esa leve sonrisa que a veces le devolvía, siempre irónica y condescendiente. En las últimas semanas no dejó de ir a verle un solo día y de esta manera alivió, junto a su familia, la inevitable soledad del moribundo.

9. Lo que nos espera.- Recordaba al principio que todos los profesores y amigos de su generación ya estamos bien entrados en la cincuentena, que algunos hemos sentido incluso ese clic que nos avisa del inicio del descenso. Solo me resta decir que, a pesar de que seguirá invicto en mi memoria o tal vez a causa de ello, para mí va a ser muy duro envejecer entre estas paredes sin Rafa.

Gracias por vuestra atención.

RAFAEL DEL ÁGUILA: EL PENSAMIENTO DE LA ESCISIÓN*

RAMÓN MÁIZ

“Crieme eco e abismo, pensando”

Fernando PESSOA

“I don’t believe in a world in which man’s mind could or should
ever be comfortably at home”

Hannah ARENDT

Aún recuerdo sus palabras paseando por Compostela: “El problema es qué hacer en un mundo definido por el riesgo y la pérdida”... Y me gustaría evocar aquí brevemente, con ustedes, cómo arreciaba en la palabra de Rafael DEL ÁGUILA aquel *viento del espíritu*, aquel “viento del pensamiento” del que hablaba Hannah ARENDT. Podemos leer su obra como un vendaval, por momentos huracanado, que nos empujaba a desinstalarnos de tierra firme a la que asirnos (aquella *Das feste Land* que añoraba HERDER, ante una modernidad en la que todo lo sólido se desvanecía en el aire): ni la intolerancia *implacable* de los metarrelatos ideológicos, desde luego, ni mucho menos la seguridad beata de lo *impecable*. Caracterizaba George STEINER en *Presencias reales* el trabajo intelectual como “ciudad secundaria”, la laboriosa construcción de una autoría diferenciada, de un pensamiento propio. Pero hoy solo me resultara posible apuntar, sin cicatrizar la herida de su pérdida, sendas y fragmentos dispersos de la coherencia, no diré ya de una vida, sino de una obra o mejor aún de aquella urdimbre abigarrada de obsesiones que persiguieron a Rafael desde el inicio de su reflexión.

Desde *Ideología y fascismo* (1979) hasta *Crítica de las Ideologías* (2008) todo su quehacer no fue sino un ininterrumpido cuestionarse sobre la estofa misma de la política, movido no por fidelidad a escuela o tradición alguna, sino orientada por problemas, aguijoneada por cuestiones apremiantes del contexto defectivo de nuestras democracias. De ahí su pasión por el debate (*filo-logoi* que no *philo-sophos*, nos recordaba) y en ocasiones su ira, su arrebató socrático – “muerdo a mis amigos con el fin de sanarlos” decía Dióge-

* Palabras pronunciadas en el Acto en homenaje al Profesor Rafael del Águila, celebrado en la Facultad de Derecho de la UAM el día 20 de mayo de 2009.

nes LAERCIO— su *Mainómenos*: la airada indignación del *logos* ante la terca resistencia del mundo. De ahí también el central “momento maquiavélico” de su pensamiento: toda elección política implica un juicio político en precario y contestable por principio. Por eso, en fin, la compañía perenne de Berlín en su andadura: no es posible compatibilizar sin antagonismo los valores, los varios bienes en presencia, no hay convergencia o cierre último disponible en una sociedad reconciliada... El pensamiento de Rafael fue, entre nosotros, el pensamiento de la *escisión*, del acaso, de la imposible armonía bienpensante entre lo bueno, lo bello y lo verdadero, de la inesquivable dimensión trágica de la política. Y ese viento del pensamiento que nos despertaba en la noche, nos agitaba con nuevas dudas, interrogantes, perplejidades, y al mismo tiempo nos incitaba a la acción.

Debo iniciar esta breve evocación resaltando, ante todo, su personal modo de entender la teoría política como disciplina. Comenzaré poniendo de manifiesto, en primer lugar, aquella inquebrantable *voluntad de rigor* que hacía que sus desarrollos prescriptivos, analíticos o evaluativos fueran construidos siempre como conjunto de proposiciones en procura de consistencia interna, no como meras opiniones, ni asunciones normativas *ad hoc*. Había en ello algo más que exigencia académica: con ello se nos facilitaba siempre la discusión ético-política, desde las urgencias del presente, en torno a sus pretensiones de validez. Recuerdo, por ejemplo, la desazón que le producía que su obra se incluyera en la categoría de “ensayo”, remitiendo el entrecomillado a esa versión liviana y superficial, tan agradecida por editoriales y lectores de aeropuerto, que ha dado en proliferar en los últimos tiempos. Lo suyo era, desde luego, otra cosa: un programa sistemático de investigación en teoría política de muchas horas, lecturas y desvelos.

Permítanme subrayar, también, aquella otra *voluntad de relevancia*, esto es, de atender cuestiones y problemas perentorios, sustantivos, suscitados no por pruritos internos de escuela u ortodoxia alguna, sino por los contextos varios de crisis en nuestras democracias. Abandonando muy pronto la febril procura de principios universales para luego aplicarlos a la práctica, esta atención a las preguntas que brotan de los desafíos más urgentes se traducía, ante todo, en su proverbial descrédito de las Grandes Narrativas de hoy y de ayer. Este escepticismo lo condujo a transitar, no sin reparos, por las sendas de Michael WALZER o Richard RORTY. Tal es el origen, por ejemplo, de su preocupación última, frente a un eventual repliegue comunitarista —que sobrevuela el concepto de “comunidad nacional” de WALZER o el “nosotros” de RORTY— por el pluralismo, el multiculturalismo y las políticas de inmigración, presentes en escritos y proyectos colectivos varios como *Inmigración. Un desafío para España* (Pablo IGLESIAS, Madrid: 2005).

En tercer lugar, quiero insistir en su *voluntad de diálogo con las Ciencias sociales*. Su modo de hacer teoría política descendía del ámbito de la filosofía para vérselas con las aportaciones de la Ciencia Política. Siempre entendió que, puesto que debía ser guiada por problemas y no tradiciones de pensamiento, estos deberían ser filtrados por las investigaciones empíricas para superar un tratamiento impresionista y malamente descriptivo. Pero al mismo tiempo, siempre postuló que los estudios politológicos deberían realizar sus

preguntas de investigación desde una previa y sustantiva elaboración teórico-normativa más allá de la mera opinión o naif sentido común del investigador.

Añadiré su indeclinable *voluntad de crítica*. He reparado estos días, releendo sus obras, en que todas llevan variantes manuscritas de una única dedicatoria: “esperando tus críticas”. La tensión, consustancial en su quehacer entre el *bios teoreticos*, la *vita contemplativa*, y el *bios politikos*, la *vita activa*, se prolongaba en su querencia por el debate, por la discusión, por la autocrítica. Tras ella se adivinaba no solo la confianza ilustrada en las *razones* a prueba de mejor argumento, sino aquellas *pasiones* que ARISTÓTELES en su *Retórica* estimaba como insoslayables a toda verdadera Política.

Ahora bien, ese distanciamiento crítico, ese salir de la caverna, y abandonar la ciudad, siempre estuvo en él modulado por el *mesurado* retorno a la mundaneidad, por completo ajena a las veleidades intolerantes o despóticas del filósofo rey. Por el deseo patente de conciliar el juicio y el cuidado, de compensar el acerado aguijón de la polémica con la complicidad, la compasión y la solidaridad.

Un último rasgo de su modo de entender y practicar la teoría política, encontramos en su mensaje tantas veces reiterado: los clásicos importan desde las preocupaciones del presente, como algo más que aquel “ruido de fondo” del que hablaba Italo CALVINO, pero de modo no instrumental, sesgado o parcial. Desde luego, si algo caracteriza la obra de Rafael DEL ÁGUILA es su conocimiento sistemático, detallado y de primera mano de los clásicos: SÓCRATES, MAQUIAVELO, MARX, HORKHEIMER, ARENDT, Berlín... Quizás ningún pensador como Maquiavelo expresa en su lectura ese doble alcance: rigor filológico en la reconstrucción y pertinencia de sus lecciones político-morales para el presente (*La República de Maquiavelo*). No había en él, empero, prurito alguno de historiador de las ideas, sino por decirlo con KOSELLEK, de atender a “lo que se ha ido poniendo en el concepto” con el paso del tiempo. Esto es, más que al pasado, era la suya una lectura abierta al horizonte de expectativas, al *Erfahrungsraum*, a la proyección futura de las ideas...

Pero ¿cuál fue la clave de bóveda de su teoría, el hilo conductor que recorre sus obras mayores: *La senda del mal* (2000), *Sócrates Furioso* (2004), *La República de Maquiavelo* (2006), escrito en coautoría con Sandra CHAPARRO, y, finalmente, *Crítica de las Ideologías* (2008)? Si me lo permiten llamaré su atención sobre dos argumentos mutuamente entreverados y omnipresentes en su obra: la concepción trágica de la política y la redefinición del papel de los intelectuales. Ante todo, la obra de DEL ÁGUILA nos llama a la reflexión sobre “los conflictos trágicos inscritos en nuestras democracias”, esto es, sobre la imposibilidad última de la armonía política, sobre la pérdida inevitable en los costes de la decisión, en fin, sobre la inverosimilitud del mito (en la Ilustración, en HEGEL, en MARX...) de una sociedad finalmente sin conflicto alguno.

Y es que detectaba en el despliegue liberal de la autonomía, en aquel “ponerse a uno mismo los fines” de RAWLS, un sobreentendido de que los valores (no deudores de doctrinas comprensivas) son compatibles, transitivos y agregables, trasunto de aquella otra

asunción ilustrada de que el conocimiento no solo es posible, sino acumulativo, no contradictorio y, en su convergencia última, universal. La quimera de que virtud, conocimiento y bien acaban, de un modo u otro, por coincidir, alguna vez, en algún lugar. Dicho de otro modo, que los valores, y la verdad misma están ahí fuera, dados, discretos, transitivos... y podemos y debemos *descubrirlos*. En la senda de Berlín, la reflexión de Rafael DEL ÁGUILA nos reconduce, sin embargo, a dos veneros indispensables para la comprensión de la política de nuestro tiempo:

En primer lugar la dimensión, podríamos decir heidegerianamente *ontológica* y no meramente *óntica* de la política. Esta última no constituye el reflejo, la expresión, la exteriorización de conflictos de intereses, valores o identidades que fundamentados en lo social se exteriorizan sólo en determinadas circunstancias. Por el contrario, la política es siempre elección desde la contingencia, indeterminación de efectos no buscados, innovación y radical incertidumbre. Por eso la política –en cuanto estructura y acción– no *expresa* una realidad social previa, sino que resulta en puridad *constitutiva* de esa realidad. La política no se limita a “revelar”, “agregar” o “maximizar” preferencias, sino que, en rigor, tiene efectos ilocucionarios y performativos, *produce* intereses e identidades. No hay naturaleza, ni mundo, ni comunidad, ni sujeto dados de antemano, cristalizados en el ámbito de lo social: son *productos* siempre contingentes, puntos de llegada que no de partida siempre, siempre en precario, de la acción en contextos institucionales determinados.

En segundo lugar, que frente a la *metafísica de la presencia*, hemos de admitir el residuo de un exceso no colmando, de una imposibilidad última de sutura. En términos propios de la estética del romanticismo hablaríamos, de hecho nos hablaba una y otra vez DEL ÁGUILA, con expresión que reitera una y otra vez, de una *escisión* –ese abismo insondable del *Maelstrom* de POE o el precipicio que se abre ante el *Caminante sobre el mar de nubes* de C.F. FRIEDRICH– entre el individuo y la comunidad o la naturaleza. En sus propias palabras: “incertidumbre, cambio, inestabilidad, impredecibilidad, incompatibilidad, pérdida o vinculación de bien y mal constituyen las piezas claves del pensar trágico y de la tragedia de la acción política” (*La senda del mal*, 387).

Ahora bien, la contingencia y aún la incomensurabilidad trágicas del escenario político pluralista contemporáneo desacreditan definitivamente dos figuras clásicas del intelectual: la del ideólogo implacable, aferrado a convicciones autoevidentes, pero también la impecabilidad de la inocencia (en el sentido de BRUCKNER: esa síntesis perversa de infantilismo y victimismo) que cree en la decisión sin coste, en la hipertrofia del consenso frente al conflicto, en la convergencia de las ideas de bien.

Constituye todo ello una reflexión que, como sucede en RORTY, con quien la obra de Rafael DEL ÁGUILA presenta indudables afinidades electivas, entronca la reflexión romántica con la posmoderna: la incomensurabilidad de los valores, la imposibilidad última de reconciliación del ser humano con la naturaleza y la comunidad. Tal es el coste de toda

decisión, cuando decidir, empero, resulta ineludible: una cesura infinita, un daño inesperado, una pérdida irreparable.

Es aquí donde entra en juego la *ironía*, no tanto la de la sonrisa de MAQUIAVELO a que apunta VIROLI sino aquella otra ironía sin crueldad, jamás humillante, de RORTY: la imposibilidad de satisfacer exigencias simultáneas, las elecciones trágicas entre cursos de acción contingentes y excluyentes. He ahí, precisamente, el curso inevitable de *la senda del mal*: que el fin no “justifica” los medios, que toda elección supone un daño a alguien y debe asumir sus propios y a veces altísimos costes de decisión, de efectos imprevistos, no intencionales, en suma: “que la bondad no basta, que la política entraña un pacto con fuerzas que no son precisamente angélicas” (*Crítica de las ideologías*: 178). Benjamin CONSTANT, en *Adolphe* mostró en los albores de nuestro tiempo que la libertad de los modernos nos hace autónomos pero no más felices, pues arroja sobre nosotros la duda y la responsabilidad de nuestras decisiones personales y políticas en trágica contingencia... SARTRE en *Les mains sales* lo presentaría como el riesgo de la acción necesaria, de tomar partido desde la incertidumbre, inevitable exigencia de la entrada en política del ser humano, aquella “pasión inútil”.

Bien se comprende desde todo lo anterior las raíces del original *republicanismo* de Rafael DEL ÁGUILA. Su crítica, por momentos cáustica, de la versión minimalista de la democracia, aquella que de SCHUMPETER o FRIEDRICH hasta muchos de los políticos actuales, reduce la política a la lógica enteca de elección, representación y control retrospectivo. Para él, por el contrario, de la mano de su concepción trágica y ontológica, la política alarga su horizonte como producción política de las preferencias, como construcción plural de identidades, como escenario horizontal de participación y deliberación. Pero al mismo tiempo se muestra escéptica sobre las posibilidades de consenso, pues sabe que el conflicto y la contestación son indeclinables. El Republicanismo, para él, implicaba no tanto una discontinuidad radical con el liberalismo, cuanto que las preferencias deben ser conceptualizadas como *endógenas* al proceso político, no como mera expresión de intereses prepolíticos dados de antemano, esto es, producto del filtro de la información, la participación, el debate público irrestricto.

Por ello, la crítica de las ideologías-en cuanto recetarios cosificados de intereses e identidades colectivas, que empujan a la inevitable dialéctica amigo/enemigo— debe llevar a otra procura de la democracia adversativa, “agonística” dicen algunos, sobre el eje de la deliberación y el pluralismo. De ahí, por una parte, su ya aludido giro contextualista a la teoría política de la democracia, pero también su empeño de aportar aliento normativo a la ciencia política de orientación empírica: ¿qué preguntas de investigación, que selección de problemas resulta presentable desde una anémica concepción “minimalista”, poliárquica de la democracia? Desde tales presupuestos normativos, sostenía, nos aguardan programas de investigación que, sorteando cuestiones decisivas para la calidad de nuestras democracias, nos empujan, de la mano de cuestiones exquisitas desde una perspectiva *method driven*, a bordear la banalidad o la irrelevancia política.

Pero hay una lección más que de la reflexión de nuestro común amigo se desprende. Se refiere a aquella furia de SÓCRATES, el *mainómenos*, la indignación del logos ante la resistencia del mundo, la indiferencia de la comunidad que arroja al pensador fuera de la caverna, lejos de la ciudad, a lo alto de la montaña. Porque este desapego puede apadrinar un elitismo purista, la huida despectiva de la polis que deviene escape de la política misma y su reducción al derecho o a la moral. La exorbitante confianza en que el pensamiento nos proveerá de la idea de Verdad o de Bien que a su vez deberá ser compartida forzosamente por el común e impuesta de un modo u otro en el seno de la Polis... a despecho de concitar, si no es así, el desprecio olímpico del sabio. Como si alguna vez la seguridad racional pudiera reemplazar al arriesgado ejercicio de la prudencia política. He ahí el nacimiento de un figura perversa de sabio o científico, en las antípodas del intelectual de ZOLA en *J'accuse* (*L'Aurore*, 13 de enero de 1898). El pensador *detaché* vs. el intelectual *engaché*, que piensa puede revelar la reconciliación última del pensamiento, la virtud y la felicidad, que el mal proviene de la ignorancia o que, candor supremo, del bien solo se sigue el bien.

Tal es el peligro de los sueños de la razón, la *falacia socrática*, los monstruos que pueblan la modernidad; a saber: el sueño de una patria universal, el mito de una quimérica sociedad reconciliada donde el gobierno de las personas se reemplace definitivamente por la administración de las cosas, las figuras del científico objetivo, el moralista impecable o el intelectual dogmático (*Sócrates furioso* 124-128).

En esta conversación estábamos con otros colegas y amigos cuando de improviso “lo trágico nos expuso a la inestabilidad sin fin de la vida humana”. Y esta fue la última gran lección que Rafael guardaba para nosotros: que ni siquiera el pensar es anterior al vivir. Pero el viento del pensamiento roló esta vez y para siempre más allá de los puntos cardinales, hacia los fríos espacios perdidos de RILKE:

“Un vuelo en torno a la nada,
Un soplo, un viento”